

**Juan Ochagavía L., s.j.**

Decano y Prof. de la Fac. de Teología U.C.

## LA ESPERANZA TEOLOGAL

**S**iempre hubo motivos para la esperanza y la desesperación. Pero parecería que la atmósfera del presente estuviera más cargada de nubes de desesperanza. Y esto tanto en el mundo como en la Iglesia. Otro artículo de esta revista se ha ocupado de describir más de cerca esta situación. Limitémonos, pues, a reflexionar teológicamente acerca de la esperanza.

Lo primero que llama la atención es el lugar tan exiguo que ocupa la esperanza, tanto en la vida práctica de los cristianos como en la catequesis y hasta en los mismos tratados de teología.

Un marxista observaba que los cristianos tienen fe y tal vez caridad, pero no esperanza. La afirmación parece ser pertinente. En efecto, nuestra formación cristiana da una importancia prevalente al aspecto doctrinal de la Revelación; y la moral, al menos en estos últimos tiempos, insiste mucho sobre el primado de la caridad en la vida entera del creyente. Pero la esperanza y el Espíritu Santo —lo cual no es mera coincidencia, como lo veremos en seguida— son los grandes desconocidos para muchos cristianos. En el examen de conciencia se registran las faltas contra la caridad y las dudas de fe, pero es raro que se detecte la desesperanza y todo su cortejo de hermanas y parientes: la apatía, el desánimo, la inquietud, la tristeza, el pesimismo, el desasosiego, la pusilanimidad, la indiferencia, el topor de ánimo y la franca desesperación. A lo más aparecen sus expresiones más extremas: el orgullo, la presunción y la desesperanza obstinada; pero es bastante insólito que los fieles reparen en el mal grave y en el efecto paralizador de las otras formas de desesperanza que hemos enumerado.

## LA NOCIÓN DEL TIEMPO

La cuestión de la esperanza está íntimamente ligada a la noción que se posea del tiempo. Esperar, en sentido corriente, dice relación a algo o a alguien que se aguarda en otro momento que el presente. Pero, según fuere la idea que uno tenga del tiempo presente y de su relación al pasado y al futuro, surgirán

diversos tipos de esperanza. Simplificando la tipología, podemos reducirlos a tres grupos: el tipo arcaico, el tipo griego y el tipo abierto al futuro.

Para el **tipo arcaico** la esperanza reside en la vuelta a un "Paraíso" situado en el pasado. La mentalidad arcaica se siente anclada al pretérito; de ahí que su esperanza sea una suerte de regresión al "todo tiempo pasado fue mejor", al "Paraíso perdido". El hombre arcaico se siente amenazado por todo aquello que le signifique una irrupción de algo nuevo en su mundo estructurado por la nostalgia del Edén. Por esto tiene una prevención espontánea hacia el transcurrir del tiempo presente y, más aún, hacia el futuro. Se aterra frente a la mera posibilidad de que algo le trastorne sus esquemas y tiende, consiguientemente, a una visión muy estática de la historia. Carece de percepción para lo nuevo o lo juzga como cosa sin importancia. Lo que es aún peor, lo considera como violación de la norma arquetípica y, por ende, pecado. Frente a las tareas del presente se muestra desinteresado, apático o turbado. No tiene gusto ni antenas para adelantarse en el tiempo y, mediante la prospección, salir entusiasta y confiado al encuentro del futuro (1).

El **tipo griego** se diferencia sólo parcialmente del tipo arcaico. Estuvo presente en los albores y en el período clásico de la filosofía griega y su influjo pervive entre nosotros hasta cierta medida, coloreando las esperanzas del mundo occidental. Para el pensamiento griego, el tiempo, la historia y el movimiento constituyen formas degradadas de la realidad. El ser verdaderamente ser es el ser inmutable y eterno. La historia es la imagen huidiza de la eternidad y por esto, según Aristóteles, no alcanza a entrar en la categoría de "ciencia". El tiempo es un monstruo terrible: Cronos devora a sus propios hijos.

La esperanza para el tipo griego consiste en escapar mediante la contemplación intelectual de las arenas movedizas del tiempo y ascender así al dominio de las ideas eternas, al Olimpo de los dioses inmortales. Por eso la muerte es saludada como liberación de la cárcel del tiempo y de la materialidad. El pensamiento filosófico griego, marcado por un dualismo irreductible entre la materia y el espíritu, no da cabida a la valoración del trabajo material —algo reservado predominantemente a los esclavos— ni a la salvación del cuerpo y del cosmos.

En el fondo, el pensamiento griego reposa en el ciclo del "eterno retorno". Aristóteles fundamenta la superioridad del círculo sobre la línea recta en la consideración de que aquél es la perfecta expresión de lo inmóvil (2). En el círculo (o ciclos) cualquier punto es indiferentemente principio y fin. En la historia no se da un antes ni un después absolutos, porque el tiempo siempre retorna a sí mismo. En la antropología este pensamiento se traduce en la creencia en la reencarnación. A nivel de las situaciones históricas y de las diferentes civilizaciones, impera la idea de las "re-voluciones", es decir, de acontecimientos que se repiten con una regularidad cíclica similar a las revoluciones de los astros. La revolución es, en este pensamiento cíclico, no sólo retorno al origen auténtico ("re" como equivalente de "hacia atrás"), sino además actualización periódicamente renovada de lo auténtico ("re" en el sentido de "de nuevo"). Un autor antiguo, Manilius, expresa esto concisamente: **Idem semper erit, quoniam semper fuit idem** ("siempre será igual, porque siempre fue igual") (3).

(1) M. Eliade, *Der Mythos der ewigen Wiederkehr*, Düsseldorf (1953), pp. 110, 125-133. Ver también: Max Seckler, *Das Heil in der Geschichte*, München (1964), pp. 164-165.

(2) *Física*, 8, 9 (265a-266a), citado por M. Seckler, *op. cit.*, p. 168.

(3) *Astronomía* I, 518-521, citado por Seckler, *op. cit.*, p. 168.

En el hombre, esta concepción cíclica de la historia engendra el fatalismo y la desesperación. Los dioses, que habitan más allá de lo mutable y perecedero, son incapaces de intervenir en favor de los hombres.

El **tipo abierto al futuro** es característico del pensamiento bíblico. La esperanza está aquí proyectada no hacia un Paraíso en el pasado, tampoco hacia la fuga de lo temporal ni al eterno retorno de las "revoluciones", sino hacia un acontecimiento **futuro**. La salvación que se espera del futuro no viene a borrar el tiempo, sino a darle su plenitud. El tiempo presente corre irreversiblemente, irrepitiblemente, en una línea continua preñada ya de salvación, en pos de aquel acontecimiento futuro —el **eschaton**, lo último, lo definitivo— que sin destruirlo le traerá su culminación.

Con lo dicho ya estamos en el umbral del concepto bíblico de esperanza. Pero conviene que abordemos su estudio después de algunas consideraciones previas acerca de la esperanza en el nivel simplemente humano.

### EL HOMBRE, SER QUE ESPERA

La esperanza cristiana es una virtud teologal **sobrenatural**; está pues más allá de las posibilidades puramente humanas. Sin embargo, también aquí lo sobrenatural se inserta en las estructuras naturales, vigorizándolas y transformándolas. Olvidar esto, o pasarlo por encima demasiado rápido, equivale a no valorar lo humano y a que a corto o largo plazo se produzca el rechazo, es decir, que lo humano expela lo sobrenatural por haberle caído como un trasplante totalmente extraño.

Uno de los estudios más acabados sobre el hombre y sus esperanzas, es la obra de Ernst Bloch, **Das Prinzip Hoffnung** (4). En tres gruesos volúmenes se analizan múltiples aspectos de la vida humana. Bajo la lupa del filósofo desfilan lentamente los impulsos y anhelos más típicos del hombre, desde su infancia hasta la vejez y la muerte. El hombre comienza vacío y busca. Todo lo deja con hambre, todo tiene gusto a poco y, por eso, él desea más. Es un ser estructuralmente orientado a superar su condición presente y a anticipar el futuro. Por eso sueña: sueña de día y sueña de noche. Los sueños diurnos son libres excursiones del yo hacia el futuro, pero que no se contentan con ir a morir en las playas borrosas de la fantasía, sino persiguen su objetivo hasta realizarlo, buscan la identidad de la teoría y de la praxis, se consagran al mejoramiento del mundo.

Trátase del afán de usar cosméticos, de las variaciones caprichosas de la moda, de los best-sellers y revistas, de los bailes y filmes, de la afición a juntar antigüedades o a viajar a lugares lejanos y exóticos: en todos estos fenómenos aparece el hombre como un **ser que espera**.

El hombre no se limita a soñar cosas disconexas y como al azar, sino que agrupa sus deseos y esperanzas y los proyecta en sistemas anticipados, poniéndose en camino hacia allá. Así nacieron las grandes utopías sociales de un Platón y de un Séneca, de un Agustín y un Joaquín de Fiori, de Tomás Moro y de Marx. Pero además de las sociales, el hombre construye y proyecta otro género de utopías: las utopías técnicas, en que cristalizan sus esperanzas de do-

(4) Frankfurt am Main (1959).

minar y transformar la naturaleza; los ideales artísticos de las diferentes épocas y formas de belleza —arquitectura, escultura, música, poesía, pintura— en que se expresa la esperanza humana de aprisionar por un instante (“Verweile doch, du bist so schön!”), lo que en sí siempre se le escapa; las filosofías, o la búsqueda de totalidad; la religión, o la utopía en que se hipostasía el ideal del hombre, desconocido aún, pero siempre esperado.

Esta última afirmación nos indica que Bloch se mueve en la perspectiva marxista de la crítica a la religión de Feuerbach. Sin embargo, el cuadro general que resulta de la obra es magnífico. El conjunto de la historia y toda vida humana desde sus comienzos hasta el final están impelidos por un gran principio: la esperanza. El hombre vive proyectado por su incesante soñar hacia el futuro. El futuro es el factor determinante de la existencia humana. Hasta Karl Marx —opina Bloch— todas las filosofías, incluso la dialéctica de Hegel, estaban demasiado aprisionadas por una reflexión prevalente sobre el pasado. De ahí su carácter definitivamente estático. Ahora, en cambio, ha sonado la hora de la liberación de las cadenas del pasado, la hora de la esperanza en el futuro.

Este breve análisis es muy insuficiente como fenomenología de la esperanza. Un estudio más a fondo —para el cual Bloch ofrece mucho material, aunque debería complementarse con otros autores, por ejemplo, Gabriel Marcel— debería mostrar la diferencia entre esperanza y deseo, entre esperanza y resignación. Tendría asimismo que escarbar la relación de la esperanza a las pruebas y resistencias. Debiera detenerse en la dimensión personalista de la esperanza: fundamentalmente se espera en “alguien” y no en “algo”. Así aparecería el carácter unitivo de la esperanza. Según la formulación hecha clásica por Gabriel Marcel, la auténtica esperanza es siempre un “*J’espère en toi pour nous*” (5). Del mismo modo, una profundización del tema a nivel fenomenológico-ontológico mostraría cómo tras la relación interpersonal de esperanza está siempre presente el Tú divino, que cimenta y posibilita esa comunión de personas. El estudio debería continuarse con la descripción de las disposiciones concomitantes de la esperanza: la alegría y la generosidad, la fe y el amor, la humildad y el optimismo, la oración. Por último, puesto que la esperanza es siempre espera de salvación, sería necesario mostrar cuál sea el contenido de esta salvación esperada: encuentro con el Tú divino que en libre donación de Sí entra en diálogo con el hombre; solidaridad de todos los hombres, del cosmos y la historia en esta salvación.

Nuestro propósito, sin embargo, no es la esperanza puramente humana, sino la esperanza teologal. Lo dicho basta, pues, como base antropológica. Aparece con claridad que la esperanza es constitutivo esencial del ser hombre, expresión inmediata de su historicidad, de su estar en camino —*viator*— hacia un término aún no alcanzado. Si ser hombre es estar en marcha, ser hombre es también esperar.

(5) *Etre et Avoir*, Paris (1935), pp. 117, 136-137.

## LA ESPERANZA EN LA ESCRITURA

Notábamos al comienzo de estas páginas el escaso lugar que ocupa la esperanza tanto en la catequesis como en la vida de muchos cristianos. En la Biblia, por el contrario, la esperanza es definitoria del ser cristiano. Los paganos son simplemente "los sin esperanza" (Ef. 2, 12; 1 Tes. 4, 13). Los cristianos en cambio son los que viven "firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio" (Col. 1, 23), los que mantienen "firme la confesión de la esperanza" (Heb. 10, 23), los que diligentemente buscan "la plena realización de la esperanza" (Heb. 6, 11) y se agarran "a la esperanza propuesta" (Heb. 6, 18) por haber sido "reengendrados a una esperanza viva" (1 Ped. 1, 3).

En lenguaje usual el verbo "esperar" tiene dos significados principales que tienen muy poco que ver con su sentido bíblico. Cuando un amigo pregunta a otro: "¿Vas a salir el domingo fuera de Santiago?" y éste responde: "Espero que sí", el verbo esperar está empleado como sinónimo de "me gustaría", pero con una parte de duda o incertidumbre. Equivale a decir: "Tal vez, puede ser".

El otro significado de "esperar", muy corriente en el lenguaje ordinario, es el que expresa la confianza de poder alcanzar un bien deseable, pero aún no poseído. Por ejemplo, cuando un estudiante afirma: "Espero salir bien en este último examen".

Ambos sentidos no están totalmente ausentes en la Escritura, sobre todo el segundo. Así, Rom. 8, 24-25: "Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia". San Pablo acude en este pasaje a un sentido muy trivial de "esperar", sentido que podía ser comprendido por cualquier persona, aun no cristiana.

Pero lo normal en la Biblia es que la esperanza tenga un sentido **personal y estrictamente teológico**. A lo largo de una lenta historia de fidelidad y traiciones, Yahweh enseña a Israel que no hay otra esperanza sino El. Todas las demás cosas y personas se muestran como esperanzas fallidas: Etiopía y Egipto (Is. 20, 5), el oro y las riquezas (Prov. 11, 28), los caballos y los ejércitos (Is. 30, 16; 31, 1-3; Judit 9, 7), los príncipes y los imperios (Sal. 146, 3; Lam. 4, 17), las mentiras (Is. 28, 15), los embrujos (Is. 47, 9-15), los ídolos (Sal. 115) y aun el mismo Templo (Jer. 7, 1-7). El profesor Moule dice a este respecto:

"Ninguna cosa es esperanza verdadera excepto Dios mismo, o su nombre (es decir, su carácter), o su palabra (esto es, el hacer su voluntad). 'Oh Señor, la esperanza de Israel', clama Jeremías (17, 13. 17; 14, 8); y el Nuevo Testamento traslada eso a la escala de la Nueva Alianza cuando habla de Cristo como 'nuestra esperanza' (1 Tim. 1, 1) o como 'la esperanza de la gloria' (Col. 1, 27)" (6).

La esperanza bíblica posee, pues, un carácter específicamente religioso: se fundamenta en Dios. El salmista se pregunta: "Y ahora, Señor, ¿qué puedo

(6) C. F. D. Moule, *The Meaning of Hope*, Philadelphia (1963), p. 10.

yo esperar?". Y él mismo se da en seguida la respuesta: "En ti está mi esperanza" (Sal. 39, 8). Lo que hace aún más dramática y radical esta esperanza de Israel en Yahweh es que ella se sostiene a través de largos siglos a pesar de carecer de ideas claras sobre una retribución más allá de la muerte. Sabemos, en efecto, que la idea de una vida después de la muerte y la consiguiente retribución eterna de las obras buenas de los justos, sólo penetró con claridad en Israel muy al final del Antiguo Testamento. Esto significa, en otras palabras, que la esperanza bíblica es tan tajante en apoyarse sólo en Dios, que es capaz de prescindir de la retribución del más allá.

#### "CRISTO JESUS, NUESTRA ESPERANZA"

En estas palabras del saludo inicial de la primera carta de Pablo a Timoteo se resume el objeto de la esperanza cristiana. La esperanza de Israel se apoyaba no en grandes especulaciones religiosas, sino en los **hechos salvíficos** de Yahweh a lo largo de la historia del pueblo. Era una **esperanza enraizada en historia**: el Exodo de Egipto, la Alianza con Moisés, la entrada en la Tierra prometida. Los profetas, aleccionados por estos hechos salvíficos paradigmáticos, aprendieron a leer la mano de Dios en los acontecimientos de cada época. El Profesor Moule hace una observación muy pertinente y actual a este propósito:

"Los profetas no deducían a partir de los sucesos actuales su mensaje acerca de Dios. Por el contrario, no rara vez eran movidos a ir abiertamente contra las apariencias y a hacer pronunciamientos tan paradójales que nadie les creía. No practicaban una interpretación de la historia a base de sentido común, en el sentido superficial del término. Daban más bien valiente testimonio de su profunda convicción de que, aun cuando Sión parecía tranquila y segura, la destrucción estaba de hecho a sus puertas porque Dios estaba siendo ultrajado por las pasiones y la inmoralidad de su Pueblo. O, a la inversa, que aun cuando Senaquerib estuviera en el mismo umbral, no podría sin embargo vencer si una Jerusalén penitente arrojaba en Dios su confianza. En otras palabras, era el carácter de Dios tal como El se revelaba —siempre justo y fiel— lo que proporcionaba la base a las esperanzas de los profetas y no una mera deducción del curso aparente de los sucesos. Las esperanzas de los falsos profetas se cimentaban por el contrario en las arenas movedizas de la diplomacia" (7).

El anclaje histórico de la esperanza bíblica alcanza su grado máximo y definitivo en Jesús, el Cristo, en quien el Dios de la esperanza se hace historia. Jesús, que a través del Nuevo Exodo pasa al Padre como Señor glorioso y triunfante, toma al mundo y a los hombres consigo, reengendrándolos "a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para (aquellos) a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último mo-

(7) *Ibíd.*, p. 25.

mento" (1 Ped. 1, 4-5). "El es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad" (Ef. 2, 14-16).

Cristo, muerto y resucitado, es la base histórica de nuestra esperanza. Es lo que expresa fuertemente la dialéctica paulina de 1 Cor. 15, 19-20: "Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más desgraciados de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de los muertos como primicias de los que durmieron". De aquí que en su empleo más usual el objeto de la esperanza del Nuevo Testamento sea el Señor resucitado y su segunda venida al final de los tiempos (Hechos 23, 6; 26, 6; 28, 20; Rom. 5, 2; 15, 12; 1 Cor. 1, 7; 15, 19; 2 Cor. 3, 4. 12; Ef. 1, 12. 18; Fil. 2, 19; Col. 1, 5. 23. 27; 1 Tes. 1, 3; 5, 8; 2 Tes. 2, 16; 1 Tim. 1, 1; Tito 2, 13; 3, 7; Hebr. 9, 28; 1 Ped. 1, 3. 13. 21; 3, 15; 2 Ped. 3, 12).

La razón por la cual Cristo es "nuestra esperanza" es que en El tenemos la **salvación**: "Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con El" (1 Tes. 5, 9-10). Esta salvación se extiende a todo el mundo y a todos los hombres (Jn. 4, 42; 1 Tim. 2, 4; etc.). En Cristo Dios ha reconciliado al mundo consigo (1 Cor. 5, 19).

#### EL ESPÍRITU SANTO, ACTIVADOR DE NUESTRA ESPERANZA

Si nuestra salvación parte en último término del designio bondadoso del Padre de reconciliarnos en Cristo y si éste es el fundamento histórico y el objeto de nuestra esperanza, el Espíritu "derramado en nuestros corazones" (Rom. 5, 5) es quien actualiza en el presente la esperanza cristiana y nos pone en contacto vivo con el Señor resucitado. Es lo que afirma San Pablo en el final de la carta a los romanos: "El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo" (15, 13). La razón por la cual la esperanza no falla es que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5, 5). La presencia del Espíritu en nosotros es pues el gozne que vincula nuestra vida en el presente con la acción histórico-salvífica de Dios en el **pasado** (la Muerte y Resurrección de Cristo) y con su culminación **futura** en la Parusía del Señor. Y esto es posible porque el Espíritu, que nos es dado, es el mismo que, resucitando a Jesús de la muerte (Rom. 1, 4), lo hace ser "Señor que es Espíritu" (1 Cor. 3, 17).

El Espíritu es, pues, quien da solidez a nuestra esperanza, haciéndola incommovible pese a las tribulaciones y peligros de la vida. San Pablo tiene una visión terriblemente realista de la vida. Reconoce todas las angustias y tentaciones de los cristianos, sin evadirse a un mundo de fantasías. Pero, no obstante, enseña a mantenerse firmes en la esperanza porque ésta se asienta en la roca del Espíritu de Dios: "...el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom. 8, 26).

El Espíritu, fuente y garantía de nuestra esperanza, nos libera de las fuerzas del pecado porque habita en nosotros y nos hace pertenecer a Cristo

(Rom. 8, 9), haciéndonos hijos adoptivos de Dios Padre (Rom. 8, 14-15). Por esto nos permite dirigirnos a Dios con toda la confianza y amor filial que se encierra en la exclamación: "Abbá", que equivale al vocativo cariñoso de "papá" (Rom. 8, 15), oración que hasta entonces sólo se había escuchado en labios de Cristo.

Poseer el Espíritu en nosotros no es ser dueños de una pieza de museo, bella pero inerte, sino un llamamiento a desempeñar una tarea sumamente dinámica y exigente: "Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu" (Gal. 5, 25). Caridad sin fingimiento, amor cordial, espíritu ferviente, alegría en la esperanza; oración perseverante, constancia en los sufrimientos, dadivez y hospitalidad; hacer el bien a los enemigos, alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran; fe, humildad y paz; obediencia y amor... éstas y otras muchas actitudes y disposiciones interiores son los frutos del Espíritu y la tarea que mueve a realizar (Rom. 12-15).

## ESPERANZA Y FE

La raíz y el fundamento de la esperanza es la fe: de ésta crece y se alimenta. La afirmación de San Pablo "por la fe aguardamos la esperanza de la justicia" (Gal. 5, 5) nos señala que la esperanza fluye de la fe y que en cierta manera **es** la fe llevada a su maduración. "En la fe el hombre recibe el mensaje del Evangelio, se entrega a él; y en él, a la esperanza que allí se contiene" (8). Por la fe, el hombre se aparta de los ídolos alienadores a que estaba sujeto y se abre "para servir al Dios vivo y verdadero, y **esperar** así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la Cólera venidera" (1 Tes. 1, 9-10). Más claro aún en la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (11, 1).

Pero, si bien la esperanza supone la fe y fluye de ella, no se identifica simplemente. Sin dejar jamás de brotar de la fe, la esperanza va un paso más allá y llega a la **confianza**. El modelo bíblico de esto es Abraham: "...él creyó en Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean. Creyó contra toda esperanza en la esperanza y fue hecho padre de muchas naciones según le había sido dicho: **Así será tu posteridad**" (Rom. 4, 17-18). Pese a la ausencia de toda esperanza humana Abraham mantuvo firme su fe en la esperanza divina. Así podemos ver clara la correlación y la diferencia existentes entre la esperanza y la fe: "creyó... en la esperanza". La esperanza añade la nota peculiar del "confiar" en Dios y sus promesas, pese a que todas las apariencias y cálculos humanos indiquen más bien lo contrario. Esta confianza es clarividente para reconocer las dificultades humanas tal cuales son; pero confía, pese a todo, por ser mayor su confianza en Dios.

Pero no basta que el **creyente espere confiadamente** para que se dé la esperanza en su pleno sentido bíblico. Se requiere algo más. La esperanza, que brota de la fe y que se transforma en confianza, debe **apresurarse a salir al encuentro** de lo esperado. San Pablo habla dos veces de "ansiosa expectación". Una se refiere a sí mismo, cómo aguarda que "Cristo sea glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y

(8) Heinrich Schlier, *Besinnung auf das Neue Testament*, Freiburg (1964), p. 140.



la Iglesia primitiva, servía grandemente para reforzar el llamado a alegrarse. Pero no es menos cierto que el motivo central de aquella esperanza y alegría no era el mayor o menor tiempo hasta la Parusía, sino el Señor mismo que desde ya acompañaba misteriosa, pero realmente a su Iglesia.

La alegría es el oxígeno de la esperanza: "El Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo" (Rom. 15, 13). Esta alegría es perfectamente compatible con las angustias y sufrimientos interiores y exteriores. Más aún, éstos la estimulan: "...nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza,..." (Rom. 5, 3). El Apóstol se alegra en sus debilidades, en las injurias, persecuciones y angustias sufridas por Cristo, porque sabe que es ley interior de la vida cristiana el que la fuerza de Dios se nos hace presente en los momentos de mayor debilidad (2 Cor. 12, 8-10). Porque él conoce esta ley, inducida de la cruz del Señor, puede sinceramente alegrarse en las aflicciones y así sentirse más fuerte, con mayor esperanza. El momento máximo de esta alegría en el sufrimiento es la muerte. En ella la esperanza alcanza su plenitud, precisamente porque la impotencia se hace total, se desmoronan todos los cálculos, se derrumban todas las seguridades humanas: "la Fuerza de Dios llega a su máxima intensidad en nuestra mayor debilidad".

#### LA ESPERANZA QUE NO ALIENA

Ernst Bloch ha mostrado en su obra cómo la esperanza es el principio impulsor de la humanidad y de toda su historia. La esperanza inmovible es una necesidad de la categoría de "futurición": es esencial al hombre el estar abierto hacia el futuro. Bloch recibe esta intuición en buena medida de los Profetas de Israel. Hay en él una fuerte dosis de conocimiento de la Biblia, lo que le permite, aun sin ser teísta, captar muy bien algunos de sus aspectos esenciales. El Dios bíblico no es necesariamente un Dios alienante, porque, por estar concebido en categorías predominantemente temporales (¡el Dios del Exodo!), lleva más bien al Milenio, a la implantación del Reino en la tierra (10). Pero, no obstante esto, persiste aun muy extendida en muchos otros medios la acusación de que la esperanza cristiana es alienadora. ¿Qué hay de esto?

La carta de Pablo a los Romanos 8, 19 describe al universo entero en actitud de ansiosa expectación. ¿Qué es lo que espera? La continuación de la frase lo dice en términos misteriosos: "la revelación de los hijos de Dios". Pero la explicación viene en el verso siguiente: "La creación, en efecto, fue sometida a la frustración, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, sin embargo (persiste) en esperanza; porque la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios". Pablo percibe que la angustia y la nostalgia son notas universales de toda vida. Preguntándose por el origen de ellas, se entronca en la vieja tradición del Génesis que afirma una vinculación indisoluble entre la gloria del hombre y la gloria del universo, el pecado del hombre y la frustración del universo. La historia del hombre con Dios repercute en todo el universo, tanto el pecado (Rom. 8, 20) como la liberación (Rom. 8, 19).

(10) E. Bloch, *Das Prinzip Hoffnung* III, p. 1.516.

Esto indica que la esperanza cristiana es esencialmente cósmica. La Constitución Pastoral **Gaudium et Spes** está imbuida totalmente de este pensamiento. Al hablar de la esperanza en la Tierra nueva y el Cielo nuevo, enseña:

“Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una nueva tierra no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal. . . El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (n. 39).

En otro texto conciliar se pide a los cristianos, especialmente a los laicos, que “no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifiéstela en una conversión continua y en la lucha **con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos** (Ef. 6, 12), incluso a través de las estructuras de la vida secular” (LG, 35).

Nada pues más ajeno a la esperanza cristiana que la evasión y la alienación de nuestra historia concreta. Ella es todo lo contrario de un conservantismo que, petrificando la historia, prefiere la seguridad del pasado o la comodidad del presente a los riesgos de abrirse al futuro para transformar el mundo (11). La esperanza cristiana no tiene nada que ver con una concepción arcaica del tiempo que vive de la añoranza de un “paraíso perdido”. Vinculada a Cristo y dinamizada por su Espíritu, ella se vuelca ansiosamente hacia el futuro porque sabe que está colaborando activamente a la construcción del verdadero Paraíso que es la transformación de todas las cosas en el Señor.

La esperanza cristiana es igualmente ajena a un progresismo —sea de tipo científico sea de inspiración y práctica revolucionaria— que piense poder implantar él, con sus propias fuerzas y conforme a sus propios planes, el Paraíso. En el fondo de tal conato se da una actitud del todo opuesta a la esperanza: la presunción, que sólo reconoce como existente lo que ella puede manejar, permaneciendo ciega para la realidad del Misterio insondable.

Pero el esfuerzo valiente y constante por mejorar y transformar las estructuras de la Iglesia y del mundo no sólo no está reñido con la esperanza —mal identificada muchas veces con una pasiva resignación—, sino que es una de las formas concretas de ejercerla. Quien arrellanado en su sillón religioso, cultural, económico o social constata con aire satisfecho que “tout va très bien”, es un ser que no se ha abierto a todas las dimensiones de la esperanza, que no vive en situación de Exodo hacia el futuro: la Parusía del Señor.

(11) K. Rahner, “Zur Theologie der Hoffnung”, *Dialog* (1968), p. 76.